

843
M.

PA 2349

V 5
S 6

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

UNA VIDA

I

Una vez arregladas sus maletas, Juana se acercó al balcón, pero la lluvia no cesaba.

Durante toda la noche habíase oído la ventisca estrellándose contra los techos y cristales. El cielo, bajo y preñado de agua, parecía abrirse, dejándose caer sobre la tierra, desliéndola en vapor, deshaciéndola como si fuese un terrón de azúcar; cargadas de pesado calor pasaban grandes ráfagas de viento. El rugido de los arroyos desbordados llenaba las calles desiertas, cuyas casas, semejantes á esponjas, empapaban la humedad, que penetraba en el interior y hacía sudar á las paredes, desde la cueva al granero.

Juana, que la víspera había salido del con-

vento, libre al fin para siempre, pronta á gozar todas las felicidades de la vida con la cual soñaba hacía tanto tiempo, temía que su padre vacilase en salir si no aclaraba el tiempo; y por centésima vez en aquella mañana interrogaba al horizonte.

Advirtió luego que se le había olvidado guardar el calendario en su saco de viaje. Descolgó de la pared el cartoncillo dividido por meses, y que dentro de una orla llevaba impresa, en cifras de oro, la fecha del año corriente, 1819. Luego pasó una raya por las cuatro columnas, tachando el nombre de todos los santos hasta el día 2 de Mayo, día de su salida del convento.

Una voz detrás de la puerta, la llamaba.

—¡Juanita!

Juana respondió:

—Entra, papá.

Y entró su padre.

El barón Simón-Jacobo-Le-Perthuis des Vauds era un noble del siglo pasado, maniático y bueno. Discípulo entusiasta de J. J. Rousseau, sentía ternuras de amante por la naturaleza, los campos, los prados, los animales. Aristócrata de nacimiento, odiaba por instinto el 93

pero filósofo por temperamento y liberal por educación, execraba la tiranía con odio declamatorio é inofensivo.

Su gran fuerza y su gran debilidad era la bondad, que no tenía brazos bastantes para hacer caricias, para dar, para abrazar: una bondad de creador, derramada sin resistencia; algo así como el entorpecimiento de un nervio de la voluntad, una falta en la energía, casi un vicio.

Hombre teórico, meditaba un plan de educación para su hija, queriendo hacerla dichosa, buena, recta y amable.

Juana había permanecido en casa hasta los doce años; pero, á pesar de las lágrimas de su madre, ingresó en el Sagrado Corazón. Allí había vivido severamente encerrada, enclaustrada, ignorada é ignorante de las cosas humanas. Su padre quería que se la devolviesen casta á los diecisiete años, para empaparla por sí mismo en un baño de poesía razonadora; y á través de los cambios, en medio de la tierra fecundada, abrir su alma, disipar su ignorancia al aspecto del amor sencillo, de las simples ternuras de los animales, de las leyes severas de la vida.

Ahora salía del convento, radiante, llena de

INSTITUTO DE NUEVO LEÓN
 "ALFONSO" DE 1837
 1940. 1835 MONTEBARRREY, MEXICO

savia y apetitos de felicidad, dispuesta á todas las alegrías, á todos los azares encantadores que su espíritu había recorrido ya en la inacción de sus días, la extensión de sus noches, la soledad de sus esperanzas. Asemejábase á un retrato del Veronés, con sus cabellos de un rubio brillante, que parecía haberse desteñido sobre la carne, carne de aristócrata, apenas matizada de rosa, ensombrecida por un ligero vello; como terciopelo pálido, que se distinguía un poco cuando el sol la acariciaba. Sus ojos eran azules, con ese azul opaco que tienen en Holanda los ojos de los muñecos de porcelana.

Tenía un lunar encima del ala izquierda de la nariz, otro á la derecha, en la barba, donde se agrupaban algunos pelillos á la piel, que apenas se distinguían de ella. Era alta, de pecho fuerte, talle ondulante. Su voz clara, parecía á veces demasiado aguda; pero su risa franca esparcía á su alrededor el júbilo. A veces, con un gesto que le era familiar, se llevaba ambas manos á las sienes, como para alisar su cabellera.

La joven corrió hacia su padre, y dándole un abrazo, le besó:

—Y qué, ¿nos vamos? le dijo.

El barón se sonrió, sacudió los cabellos, ya blancos, y que llevaba bastantes largos, y extendiendo la mano hacia la ventana:

—¿Cómo quieres ir de viaje con semejante tiempo?

Pero la joven, tierna y mimosa, se lo suplicaba:

—¡Oh, papá, vámonos, te lo ruego! ¡Aclarará á la tarde!

—Pero tu madre no consentirá.

—Sí, te lo prometo; yo me encargo de eso.

—Si llegas á decidir á tu madre, lo que es por mí no tengo inconveniente.

Juana se precipitó hacia el cuarto de la baronesa, porque había aguardado este día con ansiedad creciente. Desde su entrada en el Sagrado Corazón no había abandonado Rouen, porque antes de la edad fijada su padre no la permitía distracción alguna. Sólo dos veces la había llevado quince días á París; pero París era también una ciudad, y ella no soñaba más que con el campo.

Iba ahora á pasar el verano en su propiedad de los Pueblos, viejo castillo de familia enhiesto en la costa, cerca de Iport; y prometíase una

alegría infinita de aquella vida libre, hecha al lado de las olas. Además, había oído decir que, cuando se casase, aquel castillo formaría parte de su dote.

Y la lluvia, cayendo sin descanso desde la tarde anterior, era el primer fuerte dolor de su existencia.

Pero, al cabo de tres minutos, salió corriendo del cuarto de su madre dando gritos por toda la casa:

—¡Papá! ¡Papá! Mamá consiente; di que enganchen.

El diluvio no cesaba; hasta hubiérase podido decir que arreciaba cuando la berlina se acercó á la puerta.

Preparábase Juana á subir, cuando la baronesa bajó la escalera, sostenida de un lado por su marido, y del otro por una robusta doncella, tan fuerte y tan airosa como un mozo. Era una normanda, del país de Caux, que representaba lo menos veinte años, por más que sólo tenía dieciocho. En la familia la trataban como una segunda hija, porque había sido hermana de leche de Juana. Se llamaba Rosalía.

Su principal ocupación consistía en guiar los

pasos de su señora, que hacía algunos años había puesto obesa á causa de un hipertrofia del corazón, de que incesantemente se quejaba.

La baronesa, jadeando mucho, llegó á la escalera del viejo hotel, miró al patio, en que el agua caía formando arroyos, y murmuró:

—¡Verdaderamente es una locura!

Su marido, siempre sonriente, contestó:

—Vos lo habéis querido, Mad. Adelaida.

Como la buena señora tenía un nombre tan pomposo, el barón lo hacía siempre preceder del título de «Madama,» con cierto aire de respeto algo burlón.

La baronesa continuó andando, y subió trabajosamente al coche, cuyos resortes todos crujieron. El barón se sentó á su lado: Juana y Rosalía ocuparon la banqueta.

Ludivina, la cocinera, trajo líos de capas, que se arreglaron sobre las rodillas, y dos cestas, que se ocultaron bajo las piernas; después de lo cual trepó al asiento al lado del tío Simón, arrebujándose en una gran manta que la envolvía por completo. El portero y su mujer vinieron á saludar, cerrando la portezuela; recibieron los últimos encargos sobre las maletas que de-

bían ir detrás, en un carro, y el coche arrancó.

El tío Simón, el cochero, con la cabeza baja, la espalda encorvada bajo la lluvia, desaparecía en su carrick de triple cuello. La borrasca, gimiendo, batía los cristales, inundaba la calle.

La berlina, al largo trote de los dos caballos, rodaba suavemente sobre el muelle; siguió la línea de los grandes navíos, cuyos mástiles, vergas y cordajes se enderezaban tristemente en el cielo lluvioso, como árboles despojados de sus hojas, y luego entró en el ancho *boulevava* del monte Riboudet.

Pronto atravesó los prados, y, de cuando en cuando, un sauce anegado, de caídas ramas, con cadavérico abandono, se dibujaba vagamente á través de la bruma líquida. Las herraduras de los caballos sonaban, y las cuatro ruedas formaban soles de barro.

Todos callaban; los espíritus parecían empapados como la tierra. Mamaíta, recostándose, apoyó la cabeza y cerró los ojos. El barón contemplaba con mirada sombría las campiñas monótonas, llenas de agua. Rosalía, con un paquete en las rodillas, pensaba con ese pensamiento ambicioso de la gente del pueblo. Pero Juana,

bajo este tibio chorreo, sintióse revivir, como una planta encerrada y que se acaba de sacar al aire libre; y semejante á un follaje protector, lo espeso de su alegría abrigaba su corazón contra la tristeza. Aunque no hablaba, sentía deseos de cantar, de extender fuera del coche la mano para coger del agua que caía y beberla; y gozaba al verse arrastrada al trote de los caballos, al ver la desolación del paisaje y sentirse al abrigo en medio de esta inundación.

Y bajo la lluvia tenaz, las grupas relucientes de los dos animales exhalaban un vaho de agua hirviente.

Poco á poco la baronesa se dormía. Su rostro, rodeado por seis bucles de cabellos se inclinaba poco á poco, muellemente sostenido por el robusto cuello, cuyas últimas ondulaciones se perdían en la pleamar de su pecho. Su cabeza, que á cada aspiración se levantaba, volvía á caer en seguida; las mejillas se hinchaban, mientras por entre los labios entreabiertos pasaba sonoro ronquido. Su marido se inclinó hacia ella, y colocó dulcemente en sus manos, que tenía cerradas sobre el vientre, una carterita de cuero.

Su contacto la despertó, y se puso á mirar la cartera, con turbia mirada, con ese atontamiento de los sueños interrumpidos. La cartera se cayó, y al caer se abrió. Oro y billetes de Banco se desparramaron por el coche. Esto acabó de despertarla, y la alegría de su hija estalló en un cohete de carcajadas.

El barón recogió el dinero, y colocándose en la falda:

—Ahí tienes, mi querida amiga, todo lo que queda de mi granja de Electot. La he vendido para reparar los Pueblos, donde, en adelante, viviremos á menudo.

La baronesa contó seis mil cuatrocientos francos y se los metió tranquilamente en el bolsillo.

Era aquella la novena granja que vendía, de las treinta y una que había heredado de sus padres. Sin embargo, todavía les quedaban unas veinte mil libras de renta en tierras que, bien administradas, hubieran podido producir treinta mil francos anuales.

Como vivían con sencillez, esta renta hubiera sido bastante, á no haber en la casa un agujero sin fondo, abierto siempre, la bondad; y lo

mismo que el sol evapora el agua de los pantanos, así evaporaban cuanto dinero caía en sus manos. El dinero se iba, se iba, y desaparecía. ¿Cómo? Nadie se lo explicaba. A cada momento decía uno de ellos:

—No sé cómo es, que he gastado hoy cien francos, sin gastar nada extraordinario.

Esta facilidad para dar era, por otra parte, una de las grandes felicidades de su vida; y sobre este punto, los dos esposos se entendían de una manera encantadora.

Juana preguntó:

—¡Está hermoso mi castillo?

—Ya lo verás, hija, la contestó alegremente el barón.

Poco á poco iba disminuyendo la violencia de la lluvia; luego no quedó más que una especie de bruma, algo así como una fina polvareda de lluvia flotante. La bóveda de las nubes parecía elevarse, blanquear; y de pronto, por un agujero que nadie distinguía, bajó á los prados un ancho rayo de sol.

Y entre las desgarradas nubes, el fondo azul del firmamento apareció; luego el desgarrón se ensanchó como un velo que se rompe,

Era ésta una de esas altas y grandes casas normandas, que á la vez parecía granja y castillo, edificada con piedras blancas á que el tiempo había dado ligero tinte gris, y lo bastante espaciosa para que en ella pudiera vivir toda una raza.

Un gran vestíbulo partía en dos la casa, atravesándola de parte á parte, abriendo por las dos fachadas grandísimas puertas. Una doble escalera parecía montar sobre esta entrada, dejando vacío el centro y uniendo en el primer piso sus dos tramos á manera de puente.

En el piso bajo, á la derecha, entrábase en el salón inmenso, cubierto de tapicerías rameadas en que abundaban los pájaros. Todo el mobiliario, forrado de tela finísima, era la ilustración de las fábulas de Lafontaine; y Juana se sintió estremecer de gozo al encontrar una silla, que cuando niña la gustaba mucho, y que representaba la fábula de la Zorra y la Cigüeña.

Al lado del salón abríase la biblioteca, llena de libros antiguos, y otras dos piezas inutilizadas á la izquierda, el comedor, de madera nueva, la pieza de costura, la repostería, la cocina y un cuartito en que había un baño.

Un corredor cortaba en toda su longitud el primer piso, y un él se abrían, alineadas, las diez puertas de los diez cuartos. En el fondo, á la derecha, la habitación de Juana. Entraron en ella. El barón acababa de amueblarla de nuevo, empleando sencillamente cortinas y muebles que no se habían usado y que se conservaban en los graneros. Tapicerías de origen flamenco, y muy viejas todas ellas, poblaban este lugar de personajes extraños.

Pero al ver su cama, la joven prorrumpió en gritos de alegría. En las esquinas, cuatro grandes pájaros de roble, negros y lucientes á fuerza [de encerados, sostenían el lecho y parecían ser sus guardianes. Los lados representaban dos amplias guirnaldas de flores y plantas esculpidas, y cuatro columnas finamente acanaladas que terminaban en chapiteles corintios, levantaban una cornisa de rosas y amores enlazados. Alzábase monumental y airosa, sin embargo, á pesar de la severidad de la madera, oscurecida por el tiempo.

La colcha y la colgadura del lecho chispeaban como dos firmamentos. Eran de seda vieja de azul oscuro, en la que de trecho en tre-

cho aparecían flores de lis bordadas en oro.

Después que la hubo mirado á su satisfacción, Juana, levantando la luz, examinó los tapices para darse cuenta de lo que representaban.

Un joven mancebo y una gallarda señora, vestidos de verde, rojo y amarillo, del modo más extraño, hablaban bajo un árbol azul, del que pendían frutas blancas. Un gordo conejo del mismo color rumiaba un poco de hierba gris. Encima precisamente de los personajes, y en una perspectiva convencional, distinguíanse cinco casitas redondas, de techos puntiagudos; y allá arriba, casi en el cielo, veíase un molino de viento completamente rojo. Grandes ramajes figurando flores rodeaban todo esto.

Los otros dos tapices se parecían mucho al primero, salvo que se veía salir de las casas cuatro hombrecillos vestidos á lo flamenco, y que alzaban los brazos al cielo, dando muestras de gran cólera y asombro.

Pero el último cortinón figuraba un drama. Cerca del conejo, que seguía rumiando, el joven, tendido, parecía muerto. La joven, fijando en él sus ojos, se atravesaba con una espada, y los frutos del árbol se habían vuelto negros.

Juana renunciaba á comprender lo que era aquello, cuando descubrió en un extremo una fiera microscópica, que á estar vivo el conejo, hubiera podido comérsela como si fuera un tallo de hierba. Y sin embargo, era un león.

Entonces reconoció las desgracias de Píramo y Tisbe; y aunque riéndose de la sencillez de los dibujos, se alegró de verse rodeada por esta aventura amorosa que hablaría sin cesar á su pensamiento, contándola queridas esperanzas, y que todas las noches cernería sobre su sueño esa antigua ternura legendaria.

Todo el resto del mobiliario lucía los estilos más diversos. Eran esos muebles que cada generación deja en la familia y que convierten las casas antiguas en museos en que todo se mezcla. Una soberbia cómoda Luis XIV, cubierta de colores brillantes, tenía al lado dos sillones Luis XV, revestidos todavía de una funda de seda rameada. Un *secretaire* de madera de rosa hacía *pendant* con la chimenea, que sostenía, bajo un globo redondo, un reloj del Imperio. Era éste una columna de bronce suspendida por otras cuatro de mármol, encima de un jardín de flores doradas. Un delgado columpio

2
UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO J. MARTÍNEZ"
1825 MONTERREY, MEXICO

que salía de la columna por una hendidura vertical paseaba eternamente sobre este parterre una pequeña abeja de alas esmaltadas. El cuadrante era de porcelana pintada, y estaba encajado á un lado de la columna. Empezó á dar las once. El barón dió un beso á su hija, y se retiró á su cuarto.

Entonces Juana, disgustada, se acostó. Recorrió con una mirada todo el cuarto, y luego apagó su bujía. Pero el lecho, cuya cabecera solamente se apoyaba en la pared, tenía á su izquierda una ventana, por donde entraba una oleada de luna, que esparciendo una mancha de claridad, enviaba reflejos á las paredes, reflejos pálidos que acariciaban débilmente los amores inmóviles de Píramo y Tisbe.

Por la otra ventana, que se abría á sus pies, veía Juana un gran árbol, iluminado con tenue luz. Volvióse de lado, cerró los ojos, y luego, al cabo de un momento, tornó á abrirlos. Creía sentirse mecida todavía por las sacudidas del carruaje. Al principio se mantuvo inmóvil, esperando que este reposo acabaría de dormirla; pero pronto la impaciencia de su espíritu invadió todo el cuerpo.

Sentía crispaturas en las piernas, fiebre que se aumentaba. Entonces se levantó, y con los pies y los brazos desnudos, envuelta en su larga camisa, que la daba aspecto de fantasma, atravesó el charco de luz marcado en el suelo, abrió la ventana, y miró.

La noche era tan clara que se veía como en plena luz, y la joven recordaba todo el paisaje querido de su primera infancia.

En primer término, había delante de ella un ancho césped, amarillo como manteca; á la claridad de la luz nocturna, dos árboles gigantes alzábanse á sus extremos delante del castillo, un plátano al Norte, un tilo al Sur. Al extremo de la gran extensión de hierba, un pequeño bosque terminaba este dominio; protegido de los huracanes por cinco filas de antiguos olmos, torcidos, rasos, raídos, inclinados como un techo por el viento del mar, siempre desencadenado.

Esta especie de parque lindaba á derecha é izquierda con dos largas avenidas de manzanos llamados *Pueblos* en Normandía, que separaban la residencia de los dos amos de las dos granjas afectas á él, ocupadas, una por la

familia Conillard, otra por la familia Martín.

Estos *Pueblos* habían dado nombre al castillo. Más allá de este recinto extendíase una vasta llanura inculta, sembrada de aliagas, en las cuales soplabla la brisa corriendo día y noche; luego, de repente, la costa se abatía en un acantilado de cien metros, recto y blanco, que bañaba su pie en las olas.

Juana miraba á lo lejos la larga superficie tornasolada de las ondas, que parecía dormir bajo las estrellas.

En esta tranquila calma del sol ausente, esparcíanse todos los perfumes de la tierra. Un jazmín que había trepado alrededor de las ventanas bajas, exhalaba continuamente su aroma penetrante que se mezclaba al olor más ligero de las nacientes hojas. Lentas ráfagas pasaban trayendo los fuertes sabores del aire salino y del viscoso sudor de las algas.

La joven se entregó á la felicidad de respirar, y el reposo del campo la calmó, como calma un baño tibio.

Todos los animales que se despiertan á la caída de la tarde y ocultan su oscura existencia en la tranquilidad de las noches, llenaban las

semitinieblas de silenciosa agitación. Grandes pájaros que no graznaban, huían en el viento como manchas, á manera de sombras; zumbidos de invisibles insectos rozaban el oído; carreras mudas atravesaban la hierba empapada en rocío ó la arena de los caminos desiertos. Sólo algunos sapos melancólicos elevaban hacia la luna su acompasada nota.

Parecíale á Juana que su corazón se ensanchaba; llenábase de murmullos, como esta noche clara; hormigueaba de pronto en mil deseos vagarosos, semejantes á aquellos animales nocturnos cuya palpitación la rodeaba. Cierta afinidad la unía á esta poesía viviente; y en la muelle blancura de la noche sentía como humanos estremecimientos, palpitar esperanzas inaccesibles, algo como un soplo de felicidad.

Y se puso á pensar en el amor.

¡El amor! Hacía dos años que se sentía dominada por la ansiedad creciente de su aproximación. Ahora era libre para amar; ¡no tenía más que encontrarle á *El!*

¿Cómo sería *él?* Juana no lo sabía, ni tampoco se lo preguntaba. *El*, sería *él*, nada más.

Sabía sólo que le adoraría con toda el alma,

y que él, por su parte, la querría con toda su fuerza. Los dos se pasearían en noches parecidas á aquélla, bajo el polvo luminoso que caía de las estrellas. Cogidos de la mano, unidos uno al otro, andarían, oyendo latir sus corazones, sintiendo el calor de sus hombros, mezclando el amor á la suave limpidez de las noches de verano; tan juntos, que fácilmente, y por sólo el poder de su ternura, penetrarían mutuamente hasta los más secretos pensamientos.

Y todo esto continuaría indefinidamente, en la serenidad de un afecto indestructible.

De pronto la pareció que le sentía allí, á su lado; y bruscamente un vago estremecimiento de voluptuosidad recorrió todo su cuerpo. Apretó los brazos contra su pecho, con un movimiento inconsciente, como para abrazar su sueño; y sobre su boca, extendida hacia lo desconocido, algo pasó que la hizo desfallecer, como si el hálito de la primavera la hubiera dado un beso de amor.

De repente, allá abajo, en el castillo, sobre el camino, oyó que alguien andaba. Y en un transporte de su alma enloquecida, en un transporte de fe en lo imposible, en los azares providen-

ciales, en los presentimientos divinos, en las novelescas combinaciones de la suerte, pensó:—«¡Si fuera él!»—escuchando con ansia el andar acompasado del pasajero, segura de que iba á detenerse ante la verja pidiendo hospitalidad.

Cuando hubo pasado, se sintió entristecida, como después de una decepción; pero comprendió la exaltación de su esperanza, y se echó á reír de tal demencia. Después, un poco calmada, dejó flotar su espíritu al correr de un éxtasis más razonable, queriendo penetrar el porvenir, adelantando en su existencia.

Con él viviría aquí, en este tranquilo castillo que dominaba el mar. Tendría dos hijos, un niño para él, una niña para ella. Y los vería corriendo sobre la hierba, entre el plátano y el tilo, mientras los padres los seguirían con ojos cariñosos, cambiando por cima de sus cabezas miradas exuberantes de pasión.

Y continuó mucho tiempo, mucho tiempo, desvariando así, mientras la luna, terminando su viaje á través del cielo, iba á hundirse en el mar. El viento refrescaba. Hacia Oriente, palidecía el cielo. Cantó un gallo en la granja de

la derecha, y otros dos de la izquierda le respondieron. Sus voces, mezcladas, parecían venir de muy lejos, á través del cercado de los corrales; y en la inmensa bóveda del cielo, blanqueada insensiblemente, palidecían las estrellas.

Oyóse el graznido de un pájaro; gorjeos, tímidos en un principio, salieron de entre las hojas; luego se fortalecieron, se hicieron vibrantes, alegres, volando de rama en rama, de árbol en árbol. La joven sintióse de repente envuelta en cierta claridad; y levantando la cabeza, que había ocultado entre sus manos, cerró los ojos, desvanecida por el resplandor de la aurora.

Una montaña de nubes teñidas de púrpura, escondidas en parte tras la gran avenida de los *Pueblos*, lanzaba destellos de sangre sobre la tierra, despertada de improviso. Y lentamente, traspasando las nubes brillantes, envolviendo en oleadas de fuego los árboles, los campos, el Océano, todo el horizonte, el inmenso globo esplendente surgió.

Y Juana creyó que enloquecía de felicidad. Una alegría delirante, un enternecimiento infinito ante el esplendor de las cosas, anegó su corazón, que desfallecía. ¡Aquello era su sol! ¡su

auroral ¡el principio de su vida! ¡el amanecer de sus esperanzas! Tendió los brazos hacia el espacio radiante, como si tuviera deseos de abrazar al sol; quería hablar, gritar algo divino como este aparecer del día; pero seguía paralizada en un entusiasmo impotente. Entonces, dejando caer la frente en las manos, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y lloró con delicia.

Cuando levantó la cabeza, la soberbia decoración del día naciente había ya desaparecido. Sintióse más tranquila, algo cansada, como fría. Sin cerrar la ventana fué á tenderse en su lecho, soñó unos minutos más, y durmióse tan profundamente, que á las ocho no oyó que su padre la llamaba, y no se despertó hasta que entró en su cuarto. El señor quería enseñarla los embellecimientos del castillo, de su castillo.

La fachada que daba al interior de las tierras estaba separada del camino por un gran espacio plantado de manzanos. Este camino, llamado vecinal, seguía entre los cercados de los aldeanos, y media legua más allá unía la carretera del Havre á Fécamp. Una avenida recta llegaba de

la barrera de madera hasta la escalinata. Las dependencias de labor, pequeñas casitas de guijarros marinos cubiertos de rastrojos, se alineaban á ambos lados, á lo largo del camino de los pasos de ambas granjas.

El techado era casi nuevo; todo el maderaje se había restaurado, las paredes estaban reparadas, las habitaciones tapizadas de nuevo, todo lo interior se había vuelto á pintar. Y la vieja mansión revocada ostentaba, á modo de manchas, sus persianas lucientes, los remiendos recién hechos en la gran fachada gris. Por la otra fachada, en la cual se abría una de las ventanas de Juana, veíase el mar á lo lejos, por cima del bosque y de la muralla de olmos, roída por el viento.

Juana y el barón, cogidos del brazo, lo visitaron todo sin omitir un rincón; luego se pasearon lentamente por las largas avenidas de álamos que encerraba lo que se llamaba el parque. La hierba había crecido bajo los árboles, desplegando su verde alfombra. El bosquecillo era encantador; mezclaba sus pequeñas sendas tortuosas, separadas entre sí por cierres de verdura. Una liebre saltó de pronto, asustando á

la joven; salvó el cercado, y se perdió entre los juncos marinos hacia la playa.

Después de almorzar, Mad. Adelaida, cansada todavía, declaró que iba á acostarse, y el barón propuso á su hija bajar con ella hasta Iport. Salieron juntos, y atravesaron el caserío de Etouvent, donde estaban los Pueblos. Tres aldeanos los saludaron como si les conocieran de toda su vida. Siguiendo un valle hacia un recodo, entraron en los bosques que bajan hasta el mar.

No tardó en aparecer la aldea de Iport. Unas mujeres que arreglaban vestidos, sentadas á la puerta de sus casas, los miraban pasar. La calle empinada, con un arroyo en medio y montones de desperdicios delante de las puertas, exhalaba un fuerte olor á salmuera. Oscuras redes, en las que quedaban de trecho en trecho algunas escamas brillantes, parecidas á piecicillas de plata, se secaban en las puertas de aquellos tugurios, de donde salían el olor de familias numerosas que viven en una sola habitación.

Algunas palomas se buscaban la vida picoteando á orillas del arroyo.

Juana miraba todo esto, que la parecía nuevo

y curioso, como si fuese una decoración teatral.

Pero de pronto, al dar la vuelta á un muro, vió el mar, de azul opaco y liso, extendiéndose hasta perderse de vista.

Hija y padre se detuvieron y miraron enfrente de la playa. Velas blancas, como alas de pájaros, pasaban á lo lejos. A derecha é izquierda alzabase el enorme acantilado. A un lado, una especie de cabo detenía la mirada, mientras por el otro la línea de las costas se prolongaba indefinidamente hasta llegar á ser un punto invisible.

Un puerto y algunas casas aparecían en uno de sus próximas bahías; y olas pequeñas, que daban al mar una franja de espuma, rodaban sobre la arena con un ligero ruido.

Las barcas del país, detenidas en la pendiente cubierta de redondos guijarros, descansaban sobre un costado, tendiendo al sol sus hinchadas popas barnizadas de brea. Unos cuantos pescadores las disponían para la marea de la tarde.

Acercóse un marinero á ofrecer pescado, y Juana compró un barbo, que por sí misma quiso llevar á los Pueblos. Después, el hombre aquél propuso sus servicios para paseos por el

mar, repitiendo su nombre una vez y otra, á fin de que se les quedase grabado en la memoria: «Lastique, Josefino Lastique.»

El barón prometió no olvidarlo, y volvieron á tomar el camino del castillo.

Como el grueso pescado fatigaba á Juana, le pasó por los oídos el bastón de su padre, del cual tomó un extremo cada uno; y andaban alegremente, remontando la cuesta, charlando como los niños, la cabeza y los ojos brillantes, mientras el barbo, que poco á poco cansaba sus brazos, barría la hierba con su gruesa cola.